

COSITAS ANTIGUAS

Los Velorios de Antaño

Por Carlos Robreño

La costumbre norteamericana de los "funeral homes" ha ido desarraigando entre nosotros aquellos velorios familiares de antaño que nos daban la sensación de que en ellos los cadáveres eran mucho más cadáveres que ahora y los dolientes mucho más dolientes.

La entrada revestida de solemnidad en la casa donde había fallecido un amigo tras de habernos sido comunicada la triste nueva en una esquila mortuoria contenida en un sobre grande con orlas negras y mandadas a hacer "fiadas" en una imprenta conocida, requería un ceremonial aparatoso. Con rostro afligido y con un nudo emocional que oprimía nuestras gargantas, teníamos que recibir las muestras de agradecimiento de los familiares del finado por nuestro cumplimiento, en medio de lágrimas, palmotazos en la espalda y alguna vez que otra, nos veíamos obligados a sujetar entre nuestros brazos al pariente más débil de carácter que se hallaba a punto de caer al suelo víctima de un desmayo.

En las funerarias modernas se ha suprimido tan engorroso proceso y ya ningún familiar se desmaya. La mayor parte de ellos se repliega a un rincón del salón y nos ahorramos las frases formulistas de "Todos llevamos ese mismo camino", "Hay que tener resignación", "No somos nadie" y otras similares, sustituyéndolas con una simple firma estampada en el libro de registro de entrada, igual que se hace en el Negociado de un Ministerio, aunque en este caso tenemos que agregar nuestra dirección postal para que nos queden reconocidos mediante una tarjeta por nuestra asistencia.

Igualmente el método novísimo de velar en funerarias nos releva de aquel otro trámite inevitable de ir de mano de uno de los deudos hasta la vera del sarcófago para poder comprobar por el cristal que el extinto no estaba desfigurado y parecía que se hallaba durmiendo.

A la media noche ¡qué diferencia de aquellos velorios de pasadas épocas con los de hogañol! A esa hora avanzada, en el presente, como en el pasado, cualquiera de los allí presentes puede sentir que en él se despiertan las inquietudes del apetito o de la sed y a fin de calmarlos, en cada "funeral home" hay una cantina, pero los gastos corren por cuenta suya. Ya han desaparecido para siempre aquellos tiempos del café o el chocolate con galletitas que parecía ser un obsequio de la casa, pues no es justo que a los deudos se les aumenten las deudas.

Cierto es que, en ocasiones, vecinos compasivos contribuían a hacer más soportables tales egresos aportando al acto no sólo las sillas y sillones de sus respectivos domicilios, sino también algunas libras del oscuro grano tostado o tabletas del sabroso derivado del cacao, que eran adquiridas en la bodega de la esquina. Desde ese mismo instante, por supuesto, el abnegado detallista podía contarse también entre los dolientes más afectados.

Indiscutiblemente el contenido de tales tacitas humeantes, apurado en un ambiente en que se mezclaba el olor penetrante de la esperma de los cirios derretidos y el todavía fragante de las flores de las coronas enviadas que empezaban a tornarse mustias, tenía un sabor completamente distinto al café o el chocolate saboreado en otros momentos.

Cuando la casa mortuoria no tenía las proporciones de una regia mansión y el calor apretaba en demasía, se extendían los límites del velorio hasta más allá de la puerta de la calle, en plena vía pública con la previa autorización del capitán de la correspondiente demarcación policiaca y por la acera, de una esquina a otra, se colocaban sillas y más sillas que inmediatamente eran ocupadas por los que iban llegando. A eso de las once de la noche, al transitar por cerca de semejantes lugares, no podíamos determinar de modo exacto, si en aquella cuadra se estaba velando un cadáver o se verificaba un mitin político barriero.

Los velorios a la moderna, formulistas, gélidos, a los cuales se asiste en guayabera o en frescas camisas deportivas han erradicado de nuestra vida cotidiana tan pintorescas escenas, pero debemos confesar que costó algún trabajo que nuestro pueblo, algo tradicionalista se acostumbrara a semejante innovación.

En los años de la Primera Guerra Mundial apenas si se conocía el sistema norteamericano, mas al fallecer un pariente cercano de aquel gran periodista que se llamó Rafael Conte surgió el conflicto, ante la imposibilidad de tender el cadáver en la casa de huéspedes donde en vida residía. Fué entonces que el viejo Alfredo Fernández le ofreció a Conte su casa de Lamparilla donde tenía instaladas no solamente su oficina del giro de pompas fúnebres, sino también almacenaba en ella todo el material inherente: sarcófagos que aguardaban al cliente adecuado, candelabros, cortinajes, etc. El ofrecimiento fué aceptado y allí se efectuó el velorio al cual concurrieron no sólo muchos periodistas compañeros del doliente, sino también otros amigos particulares entre los que se encontraba el Ministro de Italia en Cuba, en dicha época: Excelentísimo Señor Carrara.

Pero como era en tiempos de guerra, alguien necesitó urgentemente aquella misma noche la firma del diplomático italo en un documento imprescindible y presentóse en la Legación con tal objetivo, siendo allí informado que el señor Ministro se hallaba en un velorio en la calle Lamparilla.

Y rápidamente hasta el lugar indicado fuere el individuo urgido de la firma ministerial, mas al penetrar en el local, ignorando los antecedentes del caso y contemplar en la sala algunas docenas de catafalcos los que suponía ya con su fúnebre cargamento en el interior, se limitó a exclamar con acento conmovedor:

¡Qué catástrofe!

M. Julio 15/186